

guiaros.» Añádase á esto otros dos envenenamientos, una máquina infernal para hacer saltar á toda la guarnición turca, y una trama para arrojar á un pozo al jefe turco. Cae él, y muere rugiendo en la caldera hirviente (1), sin arrepentirse, sin más sentimiento que el de no haber hecho bastante daño. Son las ferocidades de la Edad Media que hoy aún podrían verse entre los camaradas de Alí Pachá, entre los piratas del Archipiélago; nosotros hemos conservado su imagen en esas pinturas del siglo xv que representan á un rey sentado tranquilamente con su corte ante un hombre vivo á quien se desuella; en el centro del círculo, el desollador de rodillas trabaja con conciencia esmerándose en no estropear la piel (2).

Todo eso es violento, se dirá: esa gente mata con una facilidad y una ligereza excesivas. Cabalmente por eso es exacta la pintura. Porque lo que distingue á los hombres de ese tiempo, como á los personajes de Marlowe, es la explosión brusca de la acción; son niños, *niños robustos*: así como un caballo, en vez de un discurso, os suelta una coz, ellos, en vez de una explicación, os dan una cuchillada. Hoy no sabemos ya lo que es la naturaleza; conservamos aún sobre este punto los prejuicios benévolos del siglo xviii; no vemos más que la naturaleza humanizada por dos siglos de cultura, y tomamos su calma adquirida por una moderación innata. El fondo del hombre natural se compone de *impulsos* irresistibles, de cóleras, de apetitos, de ansias completamente ciegas. Ve una mujer (3) que le gusta; de pronto se le oprime la gargan-

(1) A la sazón, aún se arrojaba á los envenenadores en Inglaterra en una caldera hirviendo.

(2) Museo de Gante.

(3) Véase la seducción de Ithamore por Bella nira, pintura de una verdad admirable.

ta y siente calor y hormigueo en el espinazo. Alguien quiere oponérsele; mata al hombre, se sacia, y no vuelve á pensar en tal cosa sino allá, alguna vez, cuando cruza por su mente y nubla sus pensamientos la imagen vaga de un charco de sangre. Las decisiones súbitas y extremas se confunden en él con el deseo; cosa imaginada, cosa hecha; el gran intervalo que media en nosotros entre la idea de la acción y la acción misma falta totalmente (1). Barrabás concibe los asesinatos, y los asesinatos se consuman sobre la marcha, sin deliberación, ni vacilaciones; por eso puede cometer veinte. Su hija le abandona; él la envenena; su confidente le hace traición; él se disfraza y le envenena. Cuando los acomete la rabia, tienen que matar. Cuenta Cellini que, habiendo sido ofendido, trató de contenerse, pero que se sofocaba, y, para no morir víctima de ese tormento, se abalanzó al hombre puñal en mano. Aquí, igualmente, en *Eduardo II*, el rey y los nobles apelan en seguida á las espadas; todo es extremado é imprevisto; entre dos respuestas vemos transportarse un corazón á los últimos límites del odio ó la ternura. Eduardo, al volver á ver á su favorito Gaveston, derrama ante él sus tesoros, arroja á sus pies las dignidades, le entrega su sello, se entrega él mismo, y, ante una amenaza del obispo de Coventry, grita de repente: «Arrancadle la mitra de oro, desgarradle la estola, bautizadle de nuevo en el arroyo.» Y

(1) Nada más falso que las vacilaciones y razonamientos del *Guillermo Tell* de Schiller; véase por contraste el *Goetz* de Goethe.—En 1377 hablaba Wyclef en la iglesia de San Pablo delante del obispo de Londres, y se entabló una disputa. El duque de Lancaster, protector de Wyclef, «amenazó al obispo con sacarle arrastras de la iglesia por los pelos»; y al otro día la muchedumbre furiosa saqueó el palacio del duque.—*Pictorial history*, I, 780.

cuando la reina suplica: «Nada de carantoñas, zorrue-la francesa; vete de aquí. No la hables, Gaveston; que rabie y se consuma.» Furores contra furores, los odios se embisten como jinetes en una batalla: el duque de Lancaster saca la espada delante del rey para matar á Gaveston; Mortimer hiere á Gaveston. Las potentes voces retumban; jamás consentirán ellos que un perro se haga dueño de su príncipe y los desposea de su rango. «Con tal de ver su cadáver arrojado á la playa por el mar, todos estarían dispuestos á reventar su caballo.» «Le arrastraremos al tajo por las orejas.» Le cogen; van á colgarle de una rama; se niegan á dejarle hablar al rey un solo minuto. Vanas són las súplicas; apenas han consentido, se arrepienten; y Warwick, arrebatándole á viva fuerza, le corta la cabeza en un foso. He ahí los hombres de la Edad Media. Tienen la impetuosidad, la obstinación y el orgullo de grandes alanos bien alimentados y de fornida casta. Ese rigor y ese ímpetu de las pasiones primitivas fueron los que encendieron la guerra de los dos Rosas y durante seis lustros precipitaron á los nobles sobre las espadas y hacia los tajos.

Al cabo de todos esos frenesies y de todas esas saciedades ¿qué hay? El sentimiento de la necesidad avasalladora y de la ruina inevitable en que todo acaba y perece. Mortimer, conducido al tajo, dice sonriendo: «Un punto hay en la rueda de la fortuna á que no llegan los hombres sino para rodar abajo de cabeza. A ese punto he llegado yo. Y ahora que faltan escalones para subir más, ¿á qué he de afligirme por mi caída? Adiós, noble reina. No llores á Mortimer que desprecia al mundo y que, como un viajero, se va á descubrir comarcas ignotas.» Pénsese bien esas grandes palabras: son el grito del corazón y la

confesión íntima de Marlowe, como también la de Byron y de los antiguos reyes del mar. El paganismo del Norte se condensa por entero en ese heroico y doloroso suspiro; así conciben el mundo estos hombres mientras permanecen fuera del cristianismo y en cuanto salen de él. De igual suerte, cuando al modo de ellos no se ve en la vida más que una batalla de pasiones desenfrenadas, ni en la muerte más que un sueño profundo poblado quizá de lúgubres imágenes, no hay otro bien supremo que un día de goce y de victoria. Se sacia uno cerrando los ojos sobre lo que ha de venir á reserva de verse sepultado al día siguiente. Tal es el pensamiento capital del *Fausto*, el drama más grande de Marlowe: satisfacer su corazón á cualquier precio y sin mirar á las consecuencias. «¡Un buen mago es un Dios omnipotente!» Esa sola idea basta para embriagarle. Dispondrá de espíritus á quienes mandará buscar oro en la India y «registrar el Océano para amontonar ante él las perlas orientales»; que le enseñarán los secretos de los secretos de los reyes, que á una orden suya, encerrarán á Alemania en un muro de bronce ó harán correr el Rhin en torno de Wittenberg; que irán delante de él «bajo forma de leones para servirle de guardia, ó como gigantes de Laponia, ó como mujeres y vírgenes cuya sublime frente encerrará más belleza que el blanco pecho de la reina del Amor». ¡Qué esplendurosos sueños, qué anhelos, qué gigantescas ó voluptuosas curiosidades dignas de un César romano ó de un poeta de Oriente, no vendrán á agitar ese hirviente cerebro! Por aplacarlas, por disfrutar veinticuatro años de poder, da su alma sin miedo, sin necesidad de ser tentado de buenas á primeras, de suyo; ¡tan punzante es el aguijón interior! «Si yo tuviese

tantas almas como estrellas existen, todas las daría por Mefistófeles. Bien puedo dar mi alma, puesto que es mía; y ya que estoy condenado y no puedo salvarme, ¿á qué pensar en Dios ni en el cielo? Y con esto da suelta á la imaginación, quiere saberlo todo y poseerlo todo; un libro donde pueda contemplar todas las plantas y árboles que crecen en la tierra; otro donde se marquen todas las constelaciones y los planetas; otro que le proporcione oro cuando quiera, y también las mujeres más hermosas; otro que evoque hombres armados para ejecutar sus órdenes y que desencadene á su albedrío los truenos y las tempestades. Es como un niño, alarga las manos hacia todas las cosas que brillan, y tan pronto se affige pensando en el infierno como se deja seducir por ostentaciones aparatosas: «¡Oh! ¡esto me ensancha el alma!—Sábetete, Fausto, que en el infierno hay toda clase de placeres.—¡Ah! si yo pudiese ver el infierno y volverme, ¡qué feliz sería!» Se le pasea invisible por todo el universo, y después por Roma entre las ceremonias de la corte pontificia. Como escolar en día de asueto, no se sacia de ver, lo olvida todo delante de un *pageant*, se divierte en hacer jugarretas, en dar una bofetada al Papa, en pegar á los frailes, en obrar portentos de magia delante de los príncipes, y, por último, en beber, en llenarse la panza y aturdirse. En sus transportes se hace ateo, dice que no hay infierno, que eso son «cuentos de vieja»; pero después la idea fúnebre llama á las puertas de su cerebro: «Renunciaré á esta magia, me arrepentiré.—Mi corazón está tan endurecido que no puedo arrepentirme. Apenas logro nombrar la salvación, la fe ó el cielo, cuando retumban en mis oídos ecos terribles: «¡Fausto, estás condenado!» Después se me presentan espadas,

veneno, escopetas, cuerdas, aceros envenenados, para que acabe conmigo. Hace tiempo que me habría matado, si el placer delicioso no hubiese vencido á la profunda desesperación. ¿No he evocado al ciego Homero para cantarme los amores de Paris y la muerte de CEnone? Y el que levantó los muros de Tebas, ¿no ha acompañado la voz de mi Mefistófeles con el sonido arrebatador de su arpa melodiosa? ¿Por qué morir entonces ó desesperarme cobardemente? Estoy resuelto: Fausto no se arrepentirá jamás... Ven, Mefistófeles, sigamos disputando y discutiendo sobre la astrología divina. Dime: ¿hay muchos cielos por encima de la luna? ¿Todos los cuerpos celestes no son más que un globo, como la substancia de esta tierra central? No, yo deseo algo que sacie los anhelos de mi corazón... ¡Divina Elena, hazme inmortal con un beso! Sus labios sorben mi alma, se la llevan. Ven, Elena, devuélveme mi alma; ahí habitaré, porque en esos labios está el cielo.»—«Dios mío; yo quisiera llorar; pero el demonio contiene mis lágrimas. ¡Salga mi sangre en vez de mis lágrimas! ¡Sí, mi vida y mi alma! ¡Oh! ¡el demonio detiene mi lengua! Yo quisiera levantar las manos; pero ved: Lucifer y Mefistófeles las detienen...—Ya no más que una hora, una mísera hora de vida... El reloj va á dar, el demonio va á venir; Fausto será condenado. ¡Oh! ¡yo quiero saltar al cielo! ¿Quién tira de mí hacia atrás? ¡Ved, ved allá arriba, donde la sangre del Cristo corre por el firmamento! Una gota, media gota salvaría mi alma. ¡Ah, Cristo mío! ¡no desgarras mi corazón por nombrar á mi Cristo! ¡Sí, sí; le llamaré! ¡Oh! ha pasado media hora, dentro de poco habrá pasado toda la hora. ¡Que Fausto viva en el infierno mil, cien mil años; pero que al fin se salve!... Suena, suena la hora.

¡Oh, alma mía! ¡tórñate gotillas de agua y cae en el Océano para que no te encuentren nunca! He ahí el hombre vivo, animado, natural, personal, no el símbolo filosófico que ha hecho Gœthe, sino el hombre primitivo y verdadero, el hombre arrebatado, inflamado, esclavo de sus impetus y juguete de su fantasía, entregado por entero al instante presente, conjunto de apetitos, de contradicciones y de locuras que con explosiones y estremecimientos, con gritos de voluptuosidad y de angustia, rueda á sabiendas, de grado, por la pendiente y los picos de su precipicio. Todo el teatro inglés está ahí como una planta en su germen, y Marlowe es á Shakspeare lo que Perugino á Rafael.

## V

Insensiblemente se forma el arte, y hacia fines del siglo ya está completo. Bien á la vez, ó unos tras otros, aparecen Shakspeare, Beaumont, Fletcher, Jouson, Webster, Massinger, Ford, Middleton y Heywood: generación nueva, que florece lozana en el terreno fecundado por la anterior. En adelante las escenas se desarrollan y engarzan; los personajes dejan de moverse de una pieza; el drama no se asemeja ya á una estatua. El poeta, que ha poco no sabía sino herir ó matar, introduce ahora un progreso en la situación y una marcha en la intriga. Empieza á preparar los sentimientos, á anunciar los acontecimientos, á combinar efectos, y se ve aparecer el teatro más completo y más vivo, al par que más extraño que hubo nunca.

Hay que verle formarse, y mirar el drama en el

momento en que se forja, es decir, en el espíritu de sus autores. ¿Qué pasa en ese espíritu? ¿Qué clase de ideas nacen en él, y de qué manera nacen? En primer lugar, los autores *ven* la acción, sea la que sea, tal y como es; quiero decir que la tienen presente interiormente con los personajes y los pormenores, así los bellos como los feos, y aun los vulgares y estrambóticos. Si es un juicio, ahí está el juez ante sus ojos, en tal puesto, con su carota y sus verrugas; en tal otro sitio, el acusador, con sus gafas y su bolsa de autos; en frente, el acusado, abatido y contrito; cada uno con sus amigos, zapateros ó señores; detrás, la muchedumbre, un bullente enjambre de jetas risibles y de ojos pasmados ó encendidos (1). Aquello es todo un juicio, un juicio semejante al que han visto ante el tribunal, en que han gritado ó clamado como testigos ó partes, con los términos curialescos, los *pro*, los *contra*, los montones de garrapatos, las voces agrias de los letrados, el ruido de pies, las apreturas, el olor de los cuerpos y todo lo restante. La infinidad de circunstancias que enriquecen y matizan cada acción afluyen con esa acción á su mente, y no sólo las exteriores, las sensibles y pintorescas, las particularidades de colorido y traza, sino también, y sobre todo las interiores, los movimientos de cólera y alegría, el tumulto secreto del alma, el flujo y reflujo de las ideas y de las pasiones que alteran las fisonomías, que hinchan las venas, que hacen rechinar los dientes y apretar los puños, que precipitan ó contienen al hombre. Ven todo el pormenor, toda la agitación del hombre, la de fuera y la de dentro, la una por la otra, y la una en la otra, las dos en junto sin flaquear

(1) Véase el juicio de Vittoria Accoramboni, el de Virginia en Webster, *Coriolano* y *Julio César* en Shakspeare.